



Seix Barral Biblioteca Formentor

Viet Thanh Nguyen

El idealista

Traducción del inglés por
Javier Calvo

PRIMERA PARTE

YO

1

Puede que ya no sea un espía ni un agente dormido, pero está claro que soy un fantasma. ¿Cómo puedo no serlo con dos agujeros en la cabeza, de los que mana la tinta negra con la que estoy escribiendo estas palabras? Qué condición tan peculiar, estar muerto y sin embargo escribir estas líneas desde mi pequeña habitación del Paraíso. Supongo que en ese caso debo de ser un escritor fantasma, y como tal, me resulta una tarea simple, aunque espeluznante, mojar la pluma en la tinta que fluye de mis dos agujeros idénticos, uno abierto por mí mismo y el otro por Bon, mi mejor amigo y hermano de sangre. Baja el arma, Bon. Solo me puedes matar una vez.

O quizá no. Porque también soy un hombre con dos caras y dos mentes, una de las cuales tal vez siga aún intacta. Gracias a mis dos mentes, soy capaz de ver cualquier problema desde ambos lados, y aunque hubo un tiempo en que alimenté mi vanidad diciendo que esto era un talento, ahora entiendo que es una maldición. ¿Qué es un hombre con dos mentes sino un mutante? Puede que incluso un monstruo. ¡Sí, lo admito! No soy uno, soy dos. No soy solo yo, también soy tú. No soy solo yo, soy nosotros.

Me preguntáis cómo tenéis que llamarnos, después de haber pasado tanto tiempo sin nombre. No me atrevo a daros una respuesta clara, porque nunca he tenido esa costumbre. Soy un hombre de malas costumbres, y cada vez que me han obligado a abandonar una —porque nunca he renunciado a ellas por voluntad propia—, siempre la he terminado recuperando, entre gimoteos y con los ojos húmedos.

Mirad estas palabras, por ejemplo. Las estoy escribiendo, y escribir es el peor de los hábitos. Aunque la mayoría de la gente le saca todo el partido que puede a su vida, sufriendo para ganarse su sueldo, absorbiendo vitamina D cada vez que disfruta de la luz del sol y saliendo a cazar a otro miembro de la especie con el que procrear o simplemente retozar, yo paso los días con mi papel y mi pluma en mi rincón del Paraíso, cada día más pálido y flaco, con la frustración saliéndome como vapor de la cabeza y el sudor de la pena pegado a la piel.

Os podría decir el nombre que llevo en el pasaporte, VO DANH. Lo adopté con la vista puesta en venir aquí, a París, o bien, tal como nos enseñaron a llamarla nuestros maestros franceses, la Ciudad de la Luz. Llegamos al aeropuerto en plena noche, Bon y yo, en vuelo procedente de Yakarta. Al salir del avión nos invadió el alivio, porque habíamos alcanzado el asilo político, ese sueño febril de todo refugiado, en especial de quienes hemos tenido que serlo no solo una o dos veces, sino tres: la primera, en 1954, nueve años después de nacer; la segunda, en 1975, cuando era joven y razonablemente apuesto; y por fin, en 1979, hace solo dos años. ¿A la tercera iba la vencida, como les gusta decir a los americanos? Bon suspiró antes de taparse los ojos con el antifaz para dormir que le había suministrado la línea aérea. Esperemos que Francia sea mejor que América.

Si había que juzgar a los países por sus agentes fronterizos, aquella esperanza estaba infundada. El que me inspeccionó el pasaporte llevaba puesta esa máscara inexpressiva que llevan todos los guardias de seguridad del mundo mientras examinaba primero mi fotografía y después a mí. Su cara pálida pareció disgustada por el hecho de que alguien me hubiera dejado entrar en su amado país. No tenía ni labio superior ni bigote para disimular aquella carencia. Es usted vietnamita, me dijo aquel hombre blanco, las primeras palabras que alguien me dirigía en mi primera visita al país de mi padre.

¡Sí! ¡Soy Vo Danh! Junto con mi mejor acento francés, le dediqué al policía fronterizo mi sonrisa más servil, obsequiosa hasta el punto de rechinar. Pero mi padre es francés. ¿Quizá yo también lo sea?

Su cerebro burocrático procesó aquella declaración, y cuando por fin sonrió, pensé: «¡Ah, he hecho mi primer chiste en francés!». Pero lo que me contestó fue: No... está claro... que no... es usted... francés... Con ese... nombre... que tiene. Luego me selló el pasaporte con la fecha de entrada, 18/07/81, y me lo pasó por encima del mostrador, mirando ya por encima de mi hombro al siguiente peticionario.

Me reuní con Bon al otro lado del control de pasaportes. Por fin habíamos puesto el pie en *la Gaule*, que era como mi padre me había enseñado en su escuela parroquial que tenía que llamar a Francia. Resultaba adecuado, por tanto, que el aeropuerto llevara el nombre de Charles de Gaulle, el más grande entre los grandes franceses de tiempos recientes. El héroe que había liberado a Francia de los nazis mientras seguía esclavizándonos a los vietnamitas. ¡Ah, la contradicción! ¡Ese perpetuo olor corporal de la humanidad! Nadie se libraba de él, ni siquiera los

americanos o los vietnamitas, que se bañaban a diario, ni tampoco los franceses, que se bañaban con menos frecuencia. Daba igual nuestra nacionalidad, todos nos terminábamos acostumbrando al aroma de nuestras contradicciones.

¿Qué te pasa?, me dijo. ¿Ya estás llorando otra vez?

No estoy llorando, dije con un sollozo. Es que me emociona estar por fin en casa.

A aquellas alturas Bon ya estaba acostumbrado a mis impredecibles ataques de llanto. Suspiró y me cogió de la mano. En la otra llevaba una sola bolsa, un macuto de tela barato, obsequio de las Naciones Unidas. No era ni mucho menos tan sofisticada como la mía, una bolsa de cuero que me había regalado mi antiguo mentor Claude para mi graduación del Occidental College de California del Sur. Mi viejo me regaló a mí una exactamente igual cuando me fui de la Phillips Exeter para empezar clases en Yale, me había dicho Claude, con los ojos húmedos de emoción. Aunque era agente de la CIA y consideraba los interrogatorios y los asesinatos políticos su oficio, también era capaz de mostrarse sentimental con ciertas cosas, como por ejemplo nuestra amistad y los accesorios de moda para hombre de alta calidad. Conservé la bolsa de cuero por las mismas razones nostálgicas. Pese a que no era una bolsa muy grande, no la llevaba llena, ni tampoco Bon la suya. Como la mayoría de los refugiados, apenas teníamos posesiones materiales, por mucho que nuestras bolsas fueran atiborradas de sueños y fantasías, de trauma y de dolor, de pena y de pérdida, y, por supuesto, de fantasmas. Como los fantasmas no pesaban, podíamos cargar con un número infinito de ellos.

Cuando pasamos por las cintas transportadoras de equipaje, fuimos los únicos pasajeros que no recogieron

maletas ni carros con ruedas abarrotados de bultos y expectativas turísticas. No éramos turistas, ni expatriados, ni exiliados de regreso, ni hombres de negocios, ni ninguna otra clase digna de viajeros. No, éramos refugiados, y nuestra experiencia a bordo de aquella máquina del tiempo llamada vuelo comercial internacional no bastaba para disipar el año que habíamos languidecido en un campo de reeducación ni los dos años que habíamos pasado en un campo de refugiados de una isla indonesia llamada Galang. Acostumbrados al bambú, los techos de paja, el barro y las velas de los campos, ahora el acero inoxidable, el cristal, las baldosas y las potentes luces del aeropuerto nos desorientaban, y caminábamos despacio y descuidadamente, chocando con otros pasajeros mientras buscábamos la salida. Al final dimos con ella, las puertas se abrieron a nuestro paso y emergimos bajo el techo enorme de la zona de llegadas internacionales, donde nos examinó una multitud de caras expectantes.

Una mujer me llamó por mi nombre. Era mi tía o, para ser más exactos, la mujer que yo fingía que era mi tía. Durante mis años en Estados Unidos como espía comunista infiltrado en las maltrechas filas del ejército sudvietnamita en el exilio, yo le había escrito cartas cada cierto tiempo, en apariencia contándole mis penurias personales como refugiado, pero en realidad llenas de mensajes cifrados escritos con tinta invisible sobre las maquinaciones de ciertos elementos de aquel ejército que confiaban en arrebatarles nuestra tierra a los comunistas. Habíamos usado como clave el libro *El comunismo asiático y el método oriental de destrucción*, de Richard Hedd, y ella se había ocupado de pasarle mis mensajes a Man, hermano de sangre mío y de Bon. La saludé con alivio y nerviosismo, porque ella sabía que Bon no sabía ni podía enterarse

nunca de que Man era espía, ni de que yo mismo lo había sido. Man era quien estaba a cargo de mí, y si había terminado siendo mi torturador en el campo de reeducación, ¿acaso no era una situación adecuada para mí, un hombre con dos mentes? Y si mi tía no era mi tía de verdad, ¿acaso no era perfecto para un hombre con dos caras?

No cabía duda de que era tía de Man, y era exactamente como se había descrito en su última carta: alta, flaca y con el pelo muy negro. Pero ahí se terminaba el parecido con la imagen que yo me había hecho de ella: una mujer de mediana edad con la espalda permanentemente encorvada por culpa de su trabajo de costurera, achicada por su entrega a la revolución. El pariente más cercano de aquella mujer era un cigarrillo, a juzgar por su forma corporal y por lo que sostenía en la mano. Exudaba humo y confianza en sí misma, y sus agresivos tacones la hacían tan alta como yo, aunque parecía superarme en altura gracias a su delgadez y al jersey de punto gris ajustado y el cardado voluminoso que eran su uniforme diario. Aunque le eché cincuenta y tantos años, podría haber pasado por alguien de treinta y muchos, gracias a la doble bendición que eran el estilo francés y aquella media porción de genes asiáticos que la hacían inmune al envejecimiento.

¡Dios mío! Me agarró de los hombros e hizo un ruido de besos mientras me tocaba primero una mejilla y después la otra, con aquel encantador estilo francés de saludar que jamás me habían aplicado los franceses en mi país, ni siquiera mi padre. Los dos necesitáis ropa nueva. ¡Y cortes de pelo!

Sí, estaba claro que era francesa.

Le presenté a Bon en francés, pero él contestó en vietnamita. Se había educado en un liceo francés, como yo, pero odiaba a los franceses y solo estaba allí por mí. Era

cierto que los franceses le habían dado una beca, aunque por lo demás nunca se había beneficiado de ellos para nada, salvo por el hecho de viajar por las carreteras que habían diseñado ellos, y por las que costaba sentir gratitud teniendo en cuenta que las había construido la mano de obra esclava de campesinos como la familia de Bon. Mi tía se pasó al vietnamita mientras nos llevaba a la cola de taxis, preguntándonos por nuestros viajes y penurias en la versión más pura y clásica de nuestro idioma, la que hablaban los intelectuales de Hanói. Bon permanecía en silencio. Su dialecto mezclaba el norte rural, de donde eran originarias nuestras familias, y el sur rural de las afueras de Saigón. Sus padres se habían establecido allí después de nuestro éxodo católico del norte del 54, la primera de nuestras tres experiencias como refugiados. Quizá lo que lo mantenía callado era la vergüenza por su dialecto o, más probablemente, la pura rabia. Cualquier cosa que viniera de Hanói podía ser comunista, y cualquier cosa que *pudiera* ser comunista era *sin duda* comunista, por lo menos para un anticomunista tan furibundo como él. Ni siquiera daba gracias por el único regalo que le habían hecho en la vida nuestros captores comunistas: la lección de que aquello que no te mata te hace más fuerte. Que, de ser cierta, debía de significar que Bon y yo ya éramos superhombres.

¿A qué se dedica usted?, dijo por fin cuando estuvimos en el taxi, con mi tía sentada entre nosotros en el asiento de atrás.

Mi tía me miró con enorme reproche y dijo: Ya veo que mi sobrino no te ha dicho nada de mí. Soy editora.

¿*Editora?*, estuve a punto de decir en voz alta, pero me contuve, porque se suponía que tenía que conocer bien a mi tía. Mientras buscaba patrocinador para salir del campo de refugiados, le había escrito —esa vez sin claves—

porque era mi única candidata no americana. Cabía la posibilidad de que informase a Man de mi llegada, pero yo prefería esa certidumbre al hecho de regresar a América, donde había cometido crímenes por los que nunca me habían condenado, pero de los que no estaba orgulloso.

Mencionó una editorial de la que yo no había oído hablar. Me gano la vida con los libros, dijo. Sobre todo, de narrativa y filosofía.

El ruido que hizo Bon con la garganta indicaba que no era aficionado a la lectura, a excepción del manual militar de campo, los periódicos sensacionalistas y las notas que yo pegaba en la puerta de la nevera. Se habría sentido más cómodo con mi tía si hubiera sido costurera, y di gracias por no haberle contado a Bon nada de ella.

Quiero enterarme de todo lo que os ha pasado, dijo mi tía. De la reeducación y el campo de refugiados. ¡Sois los primeros con los que hablo que han pasado por reeducación!

Quizá esta noche no, querida tía, le dije. No le hablé de la confesión que había escrito bajo fuertes coacciones en la reeducación, y que llevaba escondida en el doble fondo de mi macuto de cuero, junto con un ejemplar medio deshecho y con las páginas amarillentas del libro de Hedd. Ni siquiera estaba seguro de por qué me molestaba en esconder mi confesión, porque la persona que no debía leerla bajo ningún concepto, Bon, no mostraba interés alguno en su existencia. Igual que a mí, en el campo de reeducación lo habían torturado muchas veces para que escribiera también su confesión. A diferencia de mí, no sabía que el comisario del campo era Man, su hermano de sangre. ¿Cómo podía haberlo sabido, cuando el comisario no tenía cara? Lo que Bon sí sabía, aseguraba, era que una confesión extraída por medio de la tortura no era más

que una sarta de mentiras. Como la mayoría de la gente, creía que las mentiras nunca se convertían en verdad, daba igual cuántas veces las contaras. Como mi padre, el sacerdote, yo era la clase de persona que creía justamente lo contrario.

El apartamento de mi tía estaba en el Distrito XI de París, lindando con la Bastilla, donde había empezado la Revolución francesa. Una columna junto a la que pasamos en la oscuridad de la noche marcaba el emplazamiento histórico de la Bastilla. Si en el pasado yo había sido comunista y revolucionario, eso significaba que también era descendiente de aquel episodio que había decapitado a la aristocracia con la rotundidad de una guillotina. Cuando salimos de la autopista para adentrarnos en la ciudad, me sentí por fin en Francia, o aún mejor, en París, con sus calles estrechas y sus edificios de alturas y diseños uniformes, por no mencionar los letreros encantadores de encima de los escaparates de las tiendas, reconocibles al instante gracias a las postales y a películas como *Irma la dulce*, que yo había visto en un cine americano al poco de llegar a Los Ángeles en calidad de estudiante extranjero. Todo en París era encantador, tal como iría descubriendo; incluso las prostitutas, e incluso en domingo, a primera hora de la mañana, después del almuerzo y en agosto, cuando todo estaba cerrado.

Durante las semanas siguientes, no me cansaría de aquella palabra: ¡*encantador!* Ni mi tierra ni América podían describirse como encantadoras. Era un adjetivo demasiado apacible para un país y una gente tan tórridos y de sangre tan caliente como los míos. Dábamos asco o seducíamos, pero nunca encantábamos. En cuanto a América,

solo había que pensar en la Coca-Cola. Era un elixir *impressionante*, que encarnaba la dulzura adictiva y mala para los dientes de un capitalismo insalubre por mucho que te burbujeara en la lengua. Pero no era encantadora, a diferencia del café solo recién hecho, servido en una tacita del tamaño de un dedal sobre un platito en miniatura con una cucharilla de casa de muñecas, y traído por un camarero tan convencido del valor de su profesión como un banquero o un coleccionista de arte.

Los americanos eran dueños de Hollywood, con su bullicio y su fanfarronería, con sus generosos sujetadores y sus sombreros de vaquero, pero los franceses lideraban la campaña del encanto. Se hacía evidente en los detalles, como si el país entero lo hubiera diseñado Yves Saint Laurent, desde la forma en que nuestro taxista llevaba su boina hasta el nombre de la calle de mi tía, la rue Richard Lenoir, pasando por la pintura azul descascarillada de la puerta de acero del edificio de apartamentos de mi tía, el número 37, hasta la oscuridad llena de ecos del vestíbulo, con su luz averiada y la estrecha escalera de madera que subía hasta el apartamento en la cuarta planta.

El hecho de que nada de todo esto salvo la boina fuera intrínsecamente encantador indicaba la enorme ventaja que llevaban los franceses en su ofensiva del encanto, por lo menos para aquellos como yo que, pese a resistirnos con todas nuestras fuerzas, habíamos sido colonizados casi por completo. Digo casi porque, aunque me sentí encantado subiendo aquellas escaleras entre resuellos, una parte pequeña y primitiva de mi cerebro —el nativo salvaje que tengo dentro— se resistió lo bastante al encanto como para reconocerlo como lo que era: la seducción de la subyugación. La misma sensación que me hizo prácticamente derretirme cuando vi la esbelta baguette que decoraba la mesa

del comedor de mi tía. ¡Oh, baguette! ¡Símbolo de Francia y por tanto símbolo de la colonización francesa! Así hablaba una parte de mí. Pero al mismo tiempo había otro lado que decía: ¡Ah, baguette! ¡Símbolo de cómo los vietnamitas nos hemos adueñado de la cultura francesa! Porque se nos daba de maravilla cocer las baguettes, y el *banh mi* que preparábamos con baguettes era mucho más sabroso e imaginativo que los bocadillos que los franceses hacían con ellas. Aquella baguette dialéctica, junto con una ensalada de pepino con vinagreta de vino de arroz, una olla de pollo al curry con patatas y zanahorias, una botella de vino tinto y, algo después, un flan de caramelo flotando en un charco marrón oscuro de azúcar caramelizado, fue el ágape que nos preparó mi tía. ¡Cómo había echado yo de menos aquellos platos, o algo que se les pareciera! Las fantasías culinarias no habían parado de visitarme durante los meses interminables que habíamos pasado en el campo de reeducación, situado en alguna parte del círculo interior del Infierno, y luego en el campo de refugiados de los márgenes exteriores del Infierno, donde en el mejor de los casos nuestra dieta era insuficiente y en el peor era rancia.

Mi padre me enseñó a cocinar comida vietnamita, dijo mi tía mientras nos servía el curry en los cuencos. Mi padre fue soldado como vosotros, pero un soldado olvidado.

La simple mención a un padre me causó un vuelco en el corazón. Yo estaba en la tierra de mi padre, el patriarca que me había rechazado. ¿Acaso mi vida habría sido distinta si me hubiera reconocido como hijo suyo, y a mi madre como su amante, o incluso su esposa? Una parte de mí anhelaba su amor, mientras que otra parte me odiaba por sentir por él algo que no fuera desprecio.

Los franceses llamaron a mi padre a filas para que luchara en la Gran Guerra, siguió diciendo mi tía. Tanto Bon como yo estábamos sentados al borde mismo de nuestras sillas, esperando a que ella cogiera su cuchara o partiera su baguette, la señal para atacar la comida que teníamos tan provocativamente desplegada ante nosotros. Dieciocho años tenía cuando lo arrancaron de la Indochina tropical para llevárselo a la metrópolis, junto con decenas de miles de otros. Aunque no pudo ver París hasta que terminó la guerra. Y nunca volvió a casa. Tengo sus cenizas en mi dormitorio, sobre mi escritorio.

No hay nada más triste que el exilio, dijo el pobre Bon, con los dedos temblándole sobre el mantel. Durante la mayor parte de su vida jamás habría dicho nada remotamente filosófico, pero su propio exilio y la trágica pérdida de su esposa y de su hijo lo habían ido volviendo cada vez más reflexivo. Lleve las cenizas a nuestra tierra, siguió diciendo. Solo así el espíritu de su padre podrá hallar realmente la paz.

Lo normal habría sido que semejante conversación nos quitara el apetito, pero Bon y yo estábamos desesperados por comer cualquier cosa que no fueran las raciones de subsistencia de alguna organización no gubernamental encargada de mantener con vida a los refugiados pero nada más. Además, los franceses y los vietnamitas compartían un amor por la melancolía y la filosofía que los frenéticamente optimistas americanos nunca podrían entender. El americano medio prefería esa versión enlatada de la filosofía que se encuentra en los manuales de autoayuda, pero incluso el francés y el vietnamita comunes y corrientes tenían en gran estima la sed de conocimiento.

De forma que hablamos y comimos, y también, igual de importante, bebimos y fumamos y pensamos con liber-

tad, entregándome así a tres de mis malos hábitos, que la reeducación me había negado. A fin de satisfacer esos hábitos, mi tía no solo abrió varias botellas sucesivas de vino tinto, sino que también destapó una lata marroquí sobre la mesa del comedor que contenía cigarrillos de dos clases, con hachís y sin él. Hasta la palabra *hachís* sonaba encantadora, o por lo menos exótica, comparada con *marihuana*, la droga favorita de América, a pesar de que las dos venían de la misma planta. La marihuana era lo que fumaban los hippies y los adolescentes, y su símbolo era esa rotundamente impopular banda llamada The Grateful Dead, a quienes Yves Saint Laurent habría hecho posar y fotografiado para popularizar las camisetas teñidas con nudos. El hachís evocaba el Oriente Medio y el zoco árabe, lo extraño y lo excitante, lo decadente y lo aristocrático. En Asia se podía probar la marihuana, pero en Oriente se fumaba hachís.

Incluso Bon compartió uno de aquellos potentes cigarrillos, y fue entonces —ya saciada el hambre, relajados los cuerpos y las mentes, sintiéndonos un poco franceses en nuestro petulante embeleso de sobremesa, que para los refugiados era igual de placentero que el embeleso postcoital— cuando Bon se fijó en una de las fotos que había enmarcadas en la repisa de la chimenea.

¿Ese no es...? Se puso de pie de golpe, recobró el equilibrio y caminó hasta el otro lado de los flecos de una alfombra persa para llegar a la chimenea. Es... Señaló la cara con un dedo. Es *él*.

Cuando le dije a mi tía que parecía que tenían un conocido en común, ella dijo: Pues no me imagino quién.

Bon se giró desde la repisa de la chimenea, rojo de furia. Yo le diré quién. El *diablo*.

Me puse de pie de un salto. ¡Si el diablo estaba allí, yo quería conocerlo! Pero cuando lo vi más de cerca... Ese

no es el diablo, dije, mirando una foto coloreada de un hombre todavía en la flor de la vida, con perilla y pelo canosos y un halo de luz suave en torno a la cabeza. Es Ho Chi Minh.

Antaño yo había sido un devoto comunista como él, y mi misión había continuado incluso en América, donde había trabajado para apoyar la revolución en nuestra tierra haciendo lo posible para aplastar la contrarrevolución en el exilio. Se lo había ocultado a casi todo el mundo, pero en especial a Bon. Los únicos que conocían mis simpatías comunistas eran mi tía y su sobrino, Man. Bon, él y yo éramos hermanos de sangre, los Tres Mosqueteros, o quizá, dependiendo de cómo nos juzgue la historia, los Tres Chiflados. Man y yo éramos espías que trabajábamos en secreto contra la causa anticomunista que tanto amaba Bon, un subterfugio que nos metía en toda clase de situaciones complicadas, ya que nuestro método de escapatoria siempre solía implicar la muerte de alguien. Incluso ahora Bon creía que Man estaba muerto y que yo era igual de anticomunista que él, porque veía las cicatrices que los comunistas me habían dejado durante la reeducación y estaba convencido de que era algo que solo les hacían a sus enemigos. Yo no era enemigo del comunismo, simplemente me aquejaba el casi fatídico defecto de ser capaz de simpatizar con los enemigos del comunismo, incluyendo a los americanos. Lo que la reeducación me había enseñado era que los comunistas devotos eran iguales que los capitalistas devotos, gente incapacitada para los matices. La simpatía por el enemigo venía a ser como la simpatía por el diablo, un equivalente de la traición. Bon, católico convencido y ferviente anticomunista, desde luego lo creía. Había matado a más comunistas que nadie a quien yo conociera, y aunque él era consciente de que

quizá hubiera matado a algunos a los que simplemente había tomado por comunistas, tenía fe en que la Historia y Dios se lo perdonarían.

Ahora señaló a mi tía con el dedo y dijo: Usted es comunista, ¿verdad? Yo le agarré la mano por puro reflejo, consciente de que, si Bon hubiera tenido el dedo sobre un gatillo, mi tía ya estaría muerta. Bon me apartó la mano de una bofetada, y mi tía enarcó una ceja y se encendió un cigarrillo de los que no llevaban hachís.

Más que comunista, soy una compañera de viaje, dijo. Soy lo bastante humilde como para saber que no soy una revolucionaria de verdad. Solo una simpatizante. Tenía esa actitud relajada hacia sus ideas políticas que solo podían tener los franceses, una frescura que eliminaba esa necesidad constante que sentían los americanos de aire acondicionado. Soy más trotskista que estalinista, igual que mi padre. Creo en dar el poder al pueblo y en la revolución internacional, no en un partido que corte el bacalao en su país. Creo en los derechos humanos y en la igualdad para todos, no en el colectivismo y en la revolución del proletariado.

Entonces, ¿por qué tiene un retrato del diablo en su casa?

Porque no es el diablo, sino el más grande de nuestros patriotas. Cuando vivía en París, incluso firmaba como Nguyen el Patriota. Creía en la independencia de nuestra patria, igual que vosotros y que yo, igual que mi padre. ¿No deberíamos celebrar lo que tenemos en común?

Hablaba con calma y racionalmente. En lo que a Bon respecta, bien podría estar hablándole en un idioma extranjero. Usted es comunista, dijo él en tono concluyente. Cuando se giró hacia mí, tenía una expresión salvaje y frenética de gato acorralado. No me puedo quedar aquí.

Supe entonces que la vida de mi tía no corría peligro. De acuerdo con el rígido código de honor de Bon, era inmoral pagar la hospitalidad con el asesinato, pero ya casi era medianoche y no teníamos otro sitio adonde ir.

Duerme aquí hoy, le dije. Mañana iremos a ver al Jefe. Yo tenía su dirección en mi billetera; me la había apuntado en el campo de Pulau Galang justo antes de que los magos a cargo de las salidas del campo teletransportaran al Jefe a París, hacía un año. La mención al Jefe tranquilizó a Bon, porque el Jefe le debía la vida y había prometido hacerse cargo de nosotros si llegábamos a París.

Muy bien, dijo; el hachís, el vino y la fatiga estaban mitigando sus instintos asesinos. Volvió a mirar a mi tía con algo parecido al pesar, lo más parecido al pesar que podía venir de él. No es nada personal.

La política siempre es personal, querido, dijo. Es lo que la hace tan letal.

Mi tía se retiró a su dormitorio, dejándonos en la sala de estar con un sofá y un montón de ropa de cama sobre la alfombra persa.

Nunca me contaste que era comunista, me dijo Bon desde el sofá con los ojos inyectados en sangre.

Porque nunca habrías aceptado quedarte aquí, le dije, sentándome a su lado. Y la sangre es más importante que las creencias, ¿no? Levanté la mano hacia él, la que tenía la cicatriz roja en la palma, la marca de nuestra hermandad de sangre, el juramento que habíamos hecho una noche en Saigón en una arboleda de los terrenos de nuestro liceo. Nos habíamos rajado las manos y nos las habíamos cogido, mezclando nuestra sangre para siempre.

Ahora, un par de siglos después de nuestra adolescencia —o esa era la sensación que me daba después de todo lo que habíamos sufrido—, en la tierra de nuestros antepasados galos, Bon levantó la mano donde tenía la cicatriz y dijo: ¿Quién duerme en el sofá, entonces?

Acostado en el suelo, oí que Bon murmuraba en el sofá las plegarias que rezaba todas las noches, dirigidas a Dios y también a Linh y a Duc, su mujer y su hijo muertos. Habían muerto sobre el asfalto del aeropuerto de Saigón mientras corríamos para subirnos en el último avión que saldría de la ciudad, en abril de 1975, la segunda de nuestras experiencias de refugiados. Una bala indiferente los había atravesado a ambos, disparada por un tirador desconocido en medio del caos. A veces Bon oía cómo sus lúgubres fantasmas lo llamaban, en unas ocasiones suplicándole que se uniera a ellos y en otras, pidiéndole que siguiera con vida, pero sus manos, tan expertas en matar a otros, se negaban a volverse contra sí mismo, porque cometer suicidio era un pecado contra Dios. Acabar con una vida ajena, en cambio, era permisible en ciertas ocasiones, ya que a menudo Dios necesitaba que los fieles fueran Su instrumento de justicia, o eso me había explicado Bon. Estaba en paz con el hecho de ser un católico convencido y de matar con calma, pero lo que me preocupaba, más que el hecho de que Bon se contradijera a sí mismo —estaba claro que yo también me contradecía a mí mismo—, era que un día pudiéramos contradecirnos el uno al otro. El día en que descubriera mi secreto, Bon ejecutaría su justicia sobre mí, sin importar la sangre que compartíamos.

Antes de marcharnos la mañana siguiente, le entregamos a mi tía un regalo de Indonesia, un paquete de *kopi luwak*,

uno de los cuatro que Bon llevaba en su macuto. La inspiración nos la había dado uno de los sicarios del Jefe, que había venido a vernos el día antes de nuestra partida con tres paquetes de *kopi luwak* para su patrón. Al Jefe le encanta el café, nos había dicho el sicario. Su nariz temblorosa, sus patillas ralas y sus pupilas negras le hacían parecerse a la criatura con pinta de comadreja que había en los paquetes, o eso me pareció entonces. El Jefe lo ha pedido especialmente, dijo el sicario. Bon y yo juntamos el dinero que nos quedaba en el aeropuerto y compramos el cuarto paquete de *kopi luwak* que ahora tenía mi tía en las manos, eligiendo incluso la misma marca. Cuando le expliqué que el *luwak*, la civeta, se comía los granos de café crudos y los excretaba, y que sus intestinos supuestamente fermentaban los granos de manera gastronómica, mi tía se echó a reír, cosa que me dolió bastante. El *kopi luwak* era muy caro, sobre todo para unos refugiados como nosotros, y si había algo que debería encantar a los franceses era el café filtrado por una civeta. Teniendo en cuenta sus peculiaridades gastronómicas, consistentes en comer sesos, tripas, caracoles y cosas parecidas, su determinación heroica a comerse hasta la última parte del animal convertía a los franceses en asiáticos honorarios.

¡Oh, pobre del agricultor!, dijo, arrugando la nariz. Menuda forma de ganarse la vida. Pero consciente de su metedura de pata, se apresuró a añadir: Estoy segura de que es delicioso. Mañana por la mañana prepararé unas tazas; o por lo menos, una para ti y otra para mí.

Me señaló con la cabeza, porque al día siguiente por la mañana Bon ya estaría con el Jefe. Ya sobrio gracias a la claridad matinal, Bon no hizo mención alguna al diablo que los había dividido la noche previa, señal de que la Ciudad de la Luz quizá lo estuviera empezando a iluminar un

poco. Ella tampoco mencionó nada; lo que hizo fue explicarnos cómo llegar a la estación de metro de Voltaire, situada a una manzana de distancia, desde donde pusimos rumbo al Distrito XIII. Era el Barrio Asiático, o la Pequeña Asia, de la que tantos rumores e historias habíamos oído en el campo de refugiados.

Para de llorar, me dijo Bon. Dios mío, eres más sentimental que una mujer.

Yo no lo podía evitar. ¡Aquellas caras! La gente que nos rodeaba me recordaba a nuestra tierra. Había muchos asiáticos, aunque no tantos como los que podríamos encontrar en los Chinatown de San Francisco o de Los Ángeles, donde casi todo el mundo lo era. Pero tal como descubriría pronto, el hecho de que se juntara más que un puñado de gente no blanca ya ponía nerviosos a los franceses. Por tanto, la Pequeña Asia ofrecía una cantidad notable pero no abrumadora de caras asiáticas, la mayoría feas o vulgares, y aun así tranquilizadoras para mí. La persona media de cualquier raza no era guapa, pero mientras que la fealdad ajena únicamente confirmaba los prejuicios, la fealdad de los tuyos siempre resultaba reconfortante.

Me sequé las lágrimas de la cara para ver mejor nuestras costumbres y prácticas, que quizá estuvieran fuera de lugar aquí, pero que de todos modos nos alegraban los corazones. Hablo de ese arrastrar los pies que los asiáticos prefieren a los pasos largos, y de cómo los hombres solían caminar por delante de sus muy sufridas mujeres, cargadas con todas las bolsas de la compra, o del hecho de que uno de aquellos mismos ejemplos de caballerosidad se sonara la nariz a base de taparse un orificio nasal con el dedo y expulsar violentamente por el otro su contenido, un proyectil que aterrizó a apenas dos o tres palmos de mis pies. Asqueroso, quizá, pero la lluvia se lo llevaría sin proble-

mas, que era más de lo que se podía decir de un pañuelo de papel hecho una bola.

Nuestro destino era un almacén de importación y exportación que anunciaba sus intenciones en francés, chino y vietnamita, y cuyos servicios incluían el envío a nuestra tierra de paquetes, cartas y telegramas; es decir, la entrega de esperanza a un país que se moría de hambre. El empleado nos miró desde el taburete de detrás del mostrador donde estaba sentado y nos saludó con un gruñido. Le dije que estábamos buscando al Jefe.

No está, dijo el empleado, que era lo que el sicario nos había dicho que diría.

Somos los de Pulau Galang, le contestó Bon. Nos está esperando.

El empleado volvió a gruñir, se bajó del taburete con cuidado hemorroidal y desapareció por un pasillo. Al cabo de un minuto reapareció y nos dijo: Os está esperando.

Al otro lado del mostrador, al final de un pasillo y detrás de una puerta, encontramos el despacho del Jefe, perfumado con ambientador de lavanda, con el suelo de linóleo y decorado con calendarios de pin-ups que mostraban a modelos núbiles de Hong Kong en poses exuberantes y con un reloj de madera idéntico a otro que yo había visto antes, en el restaurante que tenía en Los Ángeles mi viejo oficial al mando de la Sección Especial, el General, el hombre al que yo había traicionado y que me había traicionado a mí a su vez. Ciertamente, yo me había enamorado de su hija, pero ¿quién no se habría enamorado de Lana? Todavía la echaba de menos de esa manera en que los refugiados echan de menos su tierra, y precisamente el reloj que teníamos delante reproducía la forma del mapa de nuestro país. Ahora esa forma se había visto alterada de manera irrevocable, igual que el Jefe. Cuando se puso de pie al otro

lado de su escritorio metálico, apenas lo reconocimos. En el campo de refugiados había estado tan demacrado y desarrapado como los demás, con el pelo mugriento, manchas marrones en los sobacos y entre los omóplatos de la única camisa que tenía y sin más calzado que un par de chancas endebles.

Ahora llevaba mocasines, pantalones de tela con raya planchada y un polo, la indumentaria informal de la rama urbana y occidental del *Homo sapiens*, y el pelo corto y peinado con una raya tan bien hecha que se podría haber colocado un lápiz en ella. En nuestra tierra había sido propietario de unos intereses considerables en compañías arroceras, petroquímicas y de refrescos, por no mencionar ciertos artículos del mercado negro. Después de la revolución, los comunistas le habían extirpado su exceso de riqueza, pero aquellos fanáticos de la cirugía plástica le habían extraído demasiada grasa. Ante la amenaza de morir de hambre, había huido a Francia y solo había necesitado un año para volver a convertirse en hombre de negocios y recuperar su apariencia acomodada de humanidad adinerada.

¿Qué?, nos dijo. ¿Habéis traído la mercancía?

Iniciamos nuestro ritual preparatorio masculino abrazándonos y dándonos palmadas en la espalda, tras lo cual Bon y yo asumimos la posición de simios socialmente inferiores que le ofrecen su tributo al macho alfa: los tres paquetes de *kopi luwak*. Luego empezó la diversión, consistente en fumar cigarrillos franceses y en beber Rémy Martin gran reserva con unas copas que nos encajaban a la perfección en las manos, como si fueran pechos bien torneados. En los últimos dos años yo no había bebido nada más refinado que whisky de arroz de destilación casera, que te podía dejar ciego, y la reunión de mi lengua

con uno de sus grandes amores, el coñac, me puso lloroso. El Jefe no dijo nada. Igual que Bon, me había visto llorar muchas veces en el campo de refugiados. Mientras que algunos sufrían brotes de malaria, a mí me asaltaban accesos inesperados de lloriqueos, una dolencia de la que todavía no me había recuperado por completo.

Cuando se me recobró la lengua tras el contacto con el delicioso cuerpo cobrizo del coñac, sorbí por la nariz y dije que nunca lo habría tomado por la clase de hombre a quien le gustaba el café hecho con granos defecados por una civeta. Me dedicó su mejor imitación de una sonrisa, cogió un abrecartas, abrió uno de los paquetes y sacudió el contenido hasta que le cayó un grano marrón reluciente de café en la mano, donde se quedó brillando bajo la lámpara del escritorio.

No tomo café, dijo. Té sí, pero el café es demasiado fuerte.

Miramos el pobre grano, al que la punta del abrecartas le estaba presionando el vientre. El Jefe hizo rodar el grano entre los dedos hasta tenerlo entre el pulgar y el índice y lo rascó con el filo. El marrón se desprendió y reveló algo blanco debajo.

Solo es tinte vegetal, dijo. No te hace daño, aunque lo esnifes.

Abrió la segunda bolsa, se echó otro grano en la mano y volvió a rascar una parte del colorante para revelar el blanco de debajo.

Hay que comprobar el producto, dijo. No siempre puedes confiar en tus hombres. De hecho, es una regla de oro: nunca confíes en tus hombres.

Abrió un cajón, sacó un martillo como si tal cosa, como si en todos los cajones se encontraran martillos, y dio unos golpecitos suaves en el grano hasta que se deshizo en forma

de un polvillo blanco. Metió un dedo en el polvillo blanco, teñido de colorante marrón, y se lo lamió. El breve vislumbre de su lengua rosada me provocó un temblor en el dedo gordo del pie.

La mejor prueba es esnifarlo, aunque tengo gente para eso. O lo podéis probar vosotros. ¿Queréis?

Negamos con la cabeza. Nos ofreció otro facsímil de sonrisa y dijo: Bien hecho. Es un remedio magnífico, pero no os conviene necesitarlo.

Rajó la tercera bolsa, sacó otro grano, lo dejó sobre la mesa y le dio un golpecito con el martillo, seguido de otro y por fin un tercero. El grano no se deshizo. Frunció el ceño y le pegó un poco más fuerte. Luego aplastó el grano de un martillazo que hizo que la lámpara del escritorio diera un salto de sorpresa, pero cuando levantó la cabeza del martillo de la mesa, no vimos polvillo blanco, sino un círculo de trocitos, marrones del primero al último.

Mierda, murmuró Bon.

No, café, dijo el Jefe, dejando el martillo con gentileza en la mesa. Se reclinó en su silla, con una pequeña arruga en las comisuras de los labios, como un inspector de auditorías al que le divertía descubrir el error fatídico de algún defraudador. El tiempo debía de haberse detenido, porque pude ver que las manecillas del reloj no se habían movido lo más mínimo desde que habíamos entrado en el despacho del Jefe. Chicos, dijo, creo que tenemos un problema.

Y con lo de «tenemos», por supuesto, quería decir «tenéis».

Nadie sabía cómo se llamaba el Jefe, o bien, si alguien lo sabía, no se atrevía a decirlo en voz alta. En su pasaporte constaba un nombre, pero nadie sabía si era real, y solo

lo habían visto las autoridades. Presumiblemente sus padres debieron de saber cómo se llamaba, pero era huérfano, y quizá no le habían puesto nombre antes de abandonarlo en el orfanato. Los huérfanos eran como los bastardos, y esto me hacía sentir cierta compasión por el Jefe, que se había escapado del orfanato a los doce años, harto de aguantar la instrucción católica, la dieta repetitiva de gachas con unos cuantos copos de cerdo desecado, los malos tratos que le prodigaban los demás huérfanos por ser chino y la sensación interminable de rechazo que provocaba el que no lo adoptara nadie. Su experiencia entre niños también había comportado que no quisiera tener hijos. El Jefe no necesitaba un legado más allá del que se había creado él, el único que valía la pena poseer. Ahora se concentró en los dos hombres que tenía delante —uno de los cuales era yo— y decidió que no suponíamos una amenaza para su legado, que no éramos lo bastante tontos como para poner en jaque nuestra provechosa relación con él por medio kilo de aquel remedio de gran calidad.

Os diré qué haremos. Mañana volvéis con el otro *kopi luwak*. Y aquí no ha pasado nada, ¿verdad?

Los dos hombres dijeron que sí al unísono. La gente que lo conocía siempre le decía que sí, si era lo que él quería, o bien que no, si era lo que él quería. En cuanto a la gente que no lo conocía, le correspondía al Jefe la tarea de comunicarles quién era y cómo tenían que contestarle. Aquellos dos ya lo conocían y entendían que si no podía confiarles medio kilo, no podía confiarles nada. Se plantó una sonrisa en la cara y dijo: Ha sido un error no intencionado, estoy seguro. Siento haberos causado estas molestias. ¿Dices que a tu tía le gusta el hachís? Le daré un poco. Gratis. Cortesía de la casa.

Luego le apuntó dos direcciones a Bon en un papel y le dijo: Deja tus cosas y ve al restaurante. No te conviene llegar tarde a tu primer trabajo.

Se terminaron el coñac, le estrecharon la mano y lo dejaron a solas con la botella de Rémy Martin, el paquete de cigarrillos, un cenicero sucio, tres copas vacías, los granos de café y el martillo. El Jefe limpió el polvo blanco y la mancha marrón de café que habían quedado en la cabeza del martillo y, sosteniéndolo en la mano, admiró su peso, su equilibrio y su elegancia. Lo había comprado en una ferretería poco después de llegar a París, junto con una caja de clavos. Allá adonde iba, una de las primeras cosas que le gustaba comprar, si no tenía uno ya, era un martillo. Puede que un martillo fuera una herramienta sencilla, pero era lo único que le había hecho falta en la vida, aparte de su mente, para cambiar el mundo.